

discurso hubo de volverse á su choza mal satisfecho y sin respuesta positiva que le asegurase de su fidelidad. Persuadido el padre á que todo conspiraba á su muerte, pasó la noche ofreciéndose en sacrificio al Señor; pero á la mañana halló mudados los corazones. Se avergonzaron y prometieron que acabada la cosecha volverian á juntarse en aquel mismo sitio. Con esta alternativa de cuidados se fundaron sucesivamente los pueblos de Guadalupe, Santa Ana y Valleumbrosa de los varohios, Santa Teresa de guazaparis, la Magdalena de temoris, á que se agregaron despues los husorones, cutecos y tecargonis.

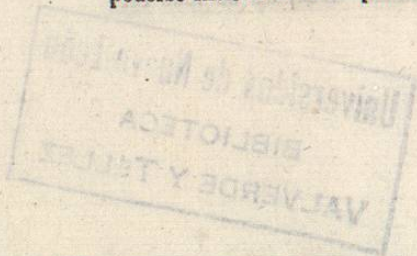
1677. Por otra parte, en la vecindad de Chicorato se maduraba una co-  
 piosa mies en la nacion de los chicuras. El padre Pedro Matías Go-  
 naloa Sonora. ni, que administraba el pueblo de San Ignacio, habia entrado desde el  
 año antecedente conducido por el cacique D. Francisco, gobernador  
 de aquellas gentes, y que con algunos de los suyos habia recibido el  
 bautismo algunos años antes. El ministro de Dios los halló bastan-  
 temente dóciles, y deseosos de recibir el bautismo y el Evangelio.  
 Habian ya fabricado su enramada para recibirlo, y corrian en tropa  
 á que les pusiese las manos en la cabeza en señal de veneracion y  
 respeto. No se pudo saber con certeza el número de familias de to-  
 da la nacion para distribuirlas en poblaciones. Así contento el mi-  
 sionero con la buena acogida que habia hallado en ellos, y urgido de  
 las necesidades de su antigua grey, reservó para mejor ocasion el es-  
 tablecimiento de aquella nueva iglesia. Se dió este año principio á  
 los bautismos de los soris, nacion guerrera y numerosa á la costa del  
 mar de California y al Poniente de Sonora. Las primicias de estas  
 gentes fué un viejo, que segun toda apariencia pasaba de cien años.  
 Vino cuasi arrastrándose del valle de Cucrespe al pueblo de *Banamitzi*  
 á cargo del padre Juan Muñoz de Burgos. Preguntado del motivo de  
 su venida en una edad tan decrepita, respondió que estaba ya muy  
 viejo y se queria morir, que solo esperaba le lavase (así se espresaba)  
 el bautismo para morir consolado. Comenzó luego á instruirse con  
 una viveza y prontitud admirable en percibir los santos misterios, re-  
 cibió el bautismo, y dentro de pocas horas entregó á Dios el alma. No  
 fué menos maravillosa la Providencia del Señor sobre aquellas almas  
 sus favorecidas en otras dos indias de la nacion de los humeris. Ma-  
 dre é hija vinieron al pueblo de Huecapa pidiendo con instancias el  
 bautismo, y mas la hija, aunque por estar en una bella edad parecia  
 poderse instruir mas despacio. La madre pasaba de setenta años, é

instruidas se bautizaron en un mismo dia, y en aquel mismo la hija  
 acometida de una violenta enfermedad acabó en poco tiempo. La  
 madre vivió aun muchos años, reservándola Dios para atraer algunas  
 almas de su nacion. Era en efecto un poderoso aliciente para los  
 gentiles vecinos la regularidad de vida y la quietud de que gozaban  
 los pueblos cristianos, y la asistencia del cielo en sus necesidades. En  
 El pueblo de Toro, dedicado al gloriosísimo Patriarca Sr. S. José, sa-  
 cando en procesion la imágen del santo tenian un seguro asilo contra  
 las secas y epidemias. Con esta continuada esperiencia era singular  
 la devocion que le tenian en todo aquel partido sin nombrarle jamas  
 sino con el dulce apelativo de *San José nuestro Padre*.

Aun era mas universal y fervorosa la devocion de los nuevos cristia-  
 nos para con la Santísima Virgen. En todos los pueblos se le canta-  
 ba su misa los sábados con tanta asistencia de los neófitos, que se a-  
 cusaban en sus confesiones de haber dejado de oír misa el sábado ó de  
 haber omitido el rosario algun dia como de la transgresion de un pre-  
 cepto; piadoso error de que fué difícil desengañarlos, y que muestra  
 bien cuanto estaban arraigados en estas saludables prácticas. En los  
 puntos mas difíciles de la doctrina estaban tan perfectamente instrui-  
 dos como pudiera esperarse de muy antiguos cristianos. Un indio ya-  
 qui anciano y ciego hacía oficio de catequista, que en su idioma lla-  
 man *temachtiani*, enseñando la doctrina cristiana á los pequeñuelos  
 indios. Oíale por curiosidad cierta persona muy capaz de su idioma,  
 y volviéndose á otros que le acompañaban: verán, les dijo con risa, los  
 disparates que habla ahora este buen viejo. Le preguntó si Señor San  
 José era verdadero esposo de María la Virgen nuestra Señora. Res-  
 pondióle que sí. Segun eso, replicó el curioso, Jesucristo nuestro Se-  
 ñor, así como es hijo natural de María Santísima, será tambien hijo  
 natural de Señor San José. No, respondió el catequista. Señor San  
 José solo fué dado á la Virgen para guarda y custodia suya, y de nues-  
 tro Señor Jesucristo. Santa María nuestra Madre fué siempre Vir-  
 gen, y concibió por obra del Espíritu Santo, sin que Señor San José  
 tuviese parte en la Encarnacion de Jesucristo nuestro Señor. Con  
 esta firmeza y simplicidad de fé recibian de Dios y de la Santísima  
 Virgen no vulgares favores. En todas las misiones se disponia siem-  
 pre fuera del alimento del misionero una considerable porcion para los  
 pobres y enfermos. Aconteció que al buen neófito que tenia á su car-  
 go esta obra de caridad llegase un indio á pedirle de comer: le respon-

Piedad é ins-  
 trucción de  
 los neófitos.

Controlado  
 de los religio-  
 nos de San  
 Francisco.



dió que si no tenia mayor necesidad, se esperase, pues no era razon que comiese antes que el padre. Apenas habló estas palabras, cuando sobrecogido de un frenesí salió dando carreras por todo el pueblo, y atormentándose con extraordinarias contorsiones. Llamado el padre á confesarlo, no fué posible por la fuerza del mal. Salió como rabioso del pueblo y retiróse al monte, de donde lo trajeron á pocos dias tan flaco y débil, que apenas podia tenerse en pié, aunque todavía fuera de sí. En este estado miserable, le pareció ver á la media noche una señora muy hermosa cercada de luz, que llamándolo por su nombre, le dijo: Levántate, anda hasta allí, y vuelve. Y cómo? replicó el indio, si me estoy muriendo y no puedo moverme... Levántate, repitió la señora; ya estás sano. Efectivamente, sintió solidarse sus nervios, se levantó, y hallándose enteramente sano corrió á dar la noticia al padre, diciéndole que la que se le habia aparecido era la Virgen Santa Maria, que le habia dicho que estaba hechizado y quienes eran los autores del daño; nombró algunos indios del pueblo, y en efecto se descubrió ser así. La perfecta y repentina salud del indio conciliaba todo crédito á su relacion. Sin embargo, el padre José Tápia, su ministro, le hizo ratificar con juramento delante de testigos para confirmarlos en la devocion de María Santisima. Estos y semejantes casos de que pudiéramos traer muchos, acaso los despreciarán por sueños nuestros, ó por poco autorizados los críticos del dia. Los piadosos y católicos lectores bien saben que este ha sido el medio ordinario de la Providencia en la conversion de nuevas gentes, que Dios concede á los humildes y pequenuelos lo que niega y esconde á los prudentes, á los grandes y sabios del siglo, y que nuestro Redentor que tan frecuentes prodigios y milagros obraba á vista del pueblo, no quiso hacer aun la menor demostración de su poder en presencia del curioso y soberbio Herodes.

Controversia de los religiosos de San Francisco.

La tranquilidad de que habia gozado hasta allí la nueva mision de Taraumara, y el rápido progreso con que se adelantaban las espirituales conquistas, se interrumpió algun tanto con un pequeño accidente que en otros sugetos y distancias pudiera haber tenido efectos muy fatales. Dijimos antes como los padres José Tardá y Nicolás de Guadalajara habian penetrado hasta *Yepomera* y otros pueblos muy remotos al Norte y al Poniente de *Taraumara*. Proseguian pacíficamente en la administracion de aquella cristiandad cuando ácia el fin del año (de que hablamos) se recibió una carta del R. P. Fr. Alonso

de *Mesa* del orden de San Francisco en que decia como aquel partido pertenecia á su sagrada religion, y que para administrarla tenia, como para otros muchos pueblos, señalada limosna del rey. El padre Guadalajara que verosimilmente habia ignorado hasta entónces el derecho que los religiosos franciscanos debian tener á dicho partido, respondió, que en consecuencia de las provisiones despachadas por la real audiencia de Guadalajara y órdenes de sus superiores, habia entrado en aquel pais en inteligencia de que toda la nacion *Taraumara* estaba generalmente encomendada á la direccion de la Compañia: que el pueblo de *Yepomera* era todo de *taraumares* sin mezcla de conchos ó alguna otra nacion, fuera de algunos tepehuanes: que entrando en la tierra no habia encontrado bautizado alguno ni otra alguna señal por donde conocer que pertenecia á su reverendísima. La caridad y el verdadero celo de los hombres apostólicos no conoce la emulacion, como que atiende únicamente á la gloria del Señor sin respeto alguno á sus personales intereses. Así los dos religiosos misioneros, sin mas contienda ni disputa, como verdaderos hijos de obediencia, determinaron estar á juicio de sus superiores á quienes propusieron sus razones sin perjuicio de la religiosa benevolencia tan necesaria entre los operarios de una misma viña. El reverendísimo comisario de San Francisco dió orden al R. P. provincial de Zacatecas para que mandase retirar á sus religiosos de todos los pueblos *taraumares*, y administrar solo á los conchos, como hasta entonces lo habian hecho.

Los misioneros franciscanos recibida esta orden de su comisario representaron que habiendo en algunos partidos, especialmente de la otra banda del rio de Papigochi, poblaciones mistas de conchos y *taraumares*, no podia menos de ser incómoda la administracion de las dos religiones en unos mismos lugares. Añadian que á su religion no se le habian propuesto por límites los pueblos de conchos, sino solo el dicho rio de Papigochi ácia banda ulterior les pertenecia, ya fuese de conchos ó de *taraumares*. Alexaban para esto un compromiso celebrado entre las dos religiones en tiempo del padre provincial Andres de Rada. Interin se presentaba dicho compromiso, convinieron los dos provinciales en que el partido de *Yepomera*, ocasion de aquella controversia, y que en realidad no era un pueblo sino unas rancherías dispersas por espacio de mas de tres leguas, se dividiese entre las dos religiones separando conchos y *taraumares*; pero no hallándose concho alguno establecido de asiento en el pais, quedó toda su administracion

por entónces al cargo de la Compañía. El citado compromiso, cuyo original se decia estar en Guadiana (Durango), no pudo hallarse en los archivos del convento ni del colegio. Los padres misioneros de taraumara alegaban en su favor que el compromiso (si lo habia) deberia espresar algunas otras circunstancias que decidieran la duda. Fundábanse en que el padre Rada habia gobernado la provincia por los años de 49 á 52. Que si en su tiempo se habia hecho el compromiso del modo que se alegaba, ¿cómo los venerables padres *Cornelio Bendin* y *Jacome Antonio Basilio* habian pasado en aquellos mismos años mas allá del rio Papigochi y administrado los pueblos sin reclamo ni contradiccion de los padres franciscanos? ¿Cómo habian dejado á su vista quebrantar el compromiso acabado de hacer? ¿Cómo en todo el tiempo de la guerra de los taraumares habian permitido á los jesuitas la libre entrada en aquellos paises, y cómo despues de veinte años se les queria disputar la entrada á unos pueblos que tantos misioneros habian regado con el sudor y aun con la sangre? La fuerza de estas razones acabó enteramente la controversia, y la Compañía prosiguió como hasta entonces en la pacífica administracion de aquellos pueblos.

Residencia en Ciudad Real, y disgusto del Sr. Obispo.

Desde la primavera de este año (1677) se habian enviado á Ciudad Real como á principio y de residencia los padres *Juan Martinez de Parra* y *Juan de Olavarría* con el hermano *Prudencio de Abarca* en lugar de los padres *Fernando de Baltierra* y *Eugenio Lopez*, que el Illmo. Sr. D. *Márkos Bravo* tenia consigo, y de quienes se necesitaba en México. La ciudad y el ilustrísimo recibieron á los nuevos ministros con las mayores muestras de benevolencia y alegría. Por algunos meses practicaron sus ministerios con la mayor aceptacion. Alojábanse en el mismo palacio episcopal por mucho que habian procurado resistirlo; acompañaban al Sr. obispo en su carrosa y en su mesa, y aliviábanle no poca parte de la carga pastoral. Los favores excesivos y públicos de los príncipes, aunque recaigan sobre un gran mérito, son siempre odiosos y espuestos á ser el blanco de la emulacion. No faltaron personas de autoridad que llevaban mal la distincion que se hacia con los jesuitas, y conociendo por otra parte el carácter del ilustrísimo, fogoso y poco constante en sus afectos, procuraron inspirarle astutamente siniestra opinion de sus huéspedes. A estas malignas impresiones y al genio desigual del señor obispo se allegó por entonces una indisposicion que pareció haberle mudado enteramente. Lleno de aprensiones, melancólico, y acongojado con varios disturbios entre su

ilustrísima y la audiencia real de Guatemala, fuese por enfermedad ó por razon, comenzó á disgustarse de los padres, que habiéndolo de tratar diariamente, tuvieron mucho que disimular y que ofrecer á Dios. A pocos dias les mandó salir de su palacio y buscar alojamiento; retiráronse al barrio de San Diego á una capilla incómoda. Aun aquí procuró su ilustrísima con el mayor esfuerzo que ni los seculares ni alguna otra persona de distincion los comunicase ni tratase en cosa alguna. Nada bastó para que muchos sugetos de uno y otro cabildo no conservasen y aun aumentasen con la compasion su antiguo afecto á la Compañía, cuyo deshonor procuraron aliviar con todos los medios posibles. Informado el padre *Tomás Altamirano*, que poco antes habia entrado en el gobierno de la provincia, del fatal estado de aquella residencia, dió orden de que el padre *Olavarría* volviese á México, y el padre *Juan Martinez de Parra* pasase á Guatemala á leer filosofia, llevando consigo al hermano *Florencio Abarca*. No se supo esta providencia en Ciudad Real sin sumo desconsuelo de los principales republicanos, como se ve por carta que el cabildo secular escribió al padre provincial fecha en 6 de setiembre de este mismo año, suplicándole sobreeser en la remocion de dichos padres. La sinceridad de estas representaciones demoró algun tanto la ejecucion, hasta que hallando por todos caminos inflexible al Sr. obispo, y no considerándose poder servir sino de pábulo á la discordia la presencia de los padres, hubo de llevarse á debido efecto con notable sentimiento de la mayor parte de la ciudad.

Las incomodidades que teleraba la Compañía en el obispado de Ciudad Real por el desafecto del Sr. D. *Márkos Bravo* de la Serna, se compensaban abundantemente con el aprecio que hacian de ella los señores obispos de Guadalajara, Guatemala, Puebla y México. El Illmo. Sr. D. *Manuel Fernandez de Santa Cruz*, obispo de Nueva Galicia, habia pedido al padre provincial dos sugetos que recorriesen en mision los pueblos de su diócesis como se hizo este año en mas de treinta, y á petición del mismo se le habia fundado una cátedra de teología moral que hacia cursar á sus clérigos como necesaria condicion para promoverlos á las sagrados órdenes de la autoridad de párrocos. El Sr. D. *Ortega Montañez*, obispo de Guatemala, promovia con todo el esfuerzo posible la fundacion de Chiapas, y no omitia medio alguno para desimpresionar al Sr. D. *Márkos Bravo* de aquellas engañosas ideas. Habíanse hecho tambien misiones con copioso fruto en las ciudades

de Puebla y México y algunos lugares comarcanos á petición de los Illmos. Sres. D. Fray Payo Enriquez de Rivera y D. Diego Osorio de Escobar. En esta mision de la Puebla fué muy singular la perseverancia en el fervor y frecuencia de sacramentos. Se consoló mucho el ilustrísimo entre los achaques de su enfermedad con saber que en los nueve meses posteriores á la dicha mision se habian gastado en solo el colegio del Espíritu Santo *vinticuatro mil formas*. Poco tiempo despues falleció este prelado con universal sentimiento de toda su diócesis. El que le sucedió, que fué el Illmo. Sr. obispo de la Nueva Galicia D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, continuó en la Puebla en servirse de la Compañía de Jesus con los mismos ojos que su antecesor, cuya utilidad habia tanto experimentado en su primera mitra. En esta le sucedió el Sr. D. Juan Santiago Garavito y Leon, que lo mismo que su antecesor, promovió maravillosamente los estudios de la teología moral y demas ministerios pertencientes á la salud de las almas. Fué el primero que por su particular devocion á S. Francisco Javier introdujo en las Indias la novena, que desde 4 de marzo, nueve dias ántes de su canonizacion, suele hacerse con mucha solemnidad en la Europa. El ejemplo de este pastor, que quiso costear el primer dia de dicha novena, siguió toda la ciudad de Guadalajara esmerándose á porfia en obsequio del Santo. Tuvo tambien aquel colegio el alivio de catorce mil pesos para la fábrica de la iglesia, liberalidad del Lic. D. Bartolomé Rodriguez de la Palma, que aun la habria llegado á concluir, si no hubiera repentinamente faltádole la prosperidad de sus minas.

Mision en Zacatecas.

Entre los lugares del territorio de Guadalajara, en que se hizo mision en este año, fué muy singular el fruto que se cogió en Zacatecas. Era el principal misionero el padre Juan Ortiz de Zapata, varón muy ejercitado en este ministerio, y con él los padres Diego de Arbizu y Antonio de Figueroa. Hablando de este tiempo D. Pablo Muñoz Vida, en carta escrita al padre provincial de noviembre de 1678. „Llegó (dice) todo el bien á Zacatecas en la mision del padre Ortiz. No tengo términos con que esplicar lo que en los ocho dias de la mision debe este lugar á V. R., pues los padres con su mucho trabajo han sido sin duda la salud de muchas almas. Su celo fué tanto, que con lo fervoroso de sus pláticas parecia dia de juicio. En la última plática, en el espacio de media hora, eran tantas las bofetadas y lágrimas de los circunstantes, que apenas dejaban or al predicador. Yo ví jun-

to á mí un hombre tan sumamente lastimado en rostro y boca, que habia hecho un lago de sangre. Si esto lo hizo con piedra ó con las manos, no lo sé, solo sí que fué menester confesarlo, y desmayado llevarlo á su casa. Todo el lugar tuvo á disposicion particular de Dios haberse juntado varones tan apostólicos para el consuelo de esta ciudad, de lo cual todos damos á V. R. mil agradecimientos, pues por su mano nos ha venido tanto bien, &c. De la misma ciudad se refiere que un caballero de oficio muy distinguido en la república, quedó tan desengañado de la vanidad de las cosas terrenas, que aquella misma noche determinó, mudado el trage, salir de la ciudad y retirarse á un yermo. La prudencia de un religioso con quien consultó su resolucion le impidió tomar este rumbo, no el mas seguro, y le persuadió tomase el hábito de alguna religion en que podría lograr con mas ventajas el santo fin que pretendia, como lo practicó efectivamente entrando allí mismo en una religion ejemplar con edificacion de toda la ciudad. De aquí pasaron á otros lugares vecinos, anunciando en todas partes el reino de Dios, y cooperando á la salvacion de innumerables almas, bien necesitadas de tanto trueno para despertar de su letargo. En S. Luis Potosí fué tambien extraordinaria la conmocion que causó en todo género de gentes el acto de contricion con que se dió principio esta cuaresma. El vicario del lugar, el clero y religiones conspiraron á hacer mas plausible este ejercicio, uniéndose todos para la comun utilidad.

Este espíritu de misiones circulares tan necesarias siempre y provechosas, parecia haberse difundido por estos tiempos en todos los colegios de la provincia. Era como la alma que movia todo este cuerpo, y que animaba todos los operarios en lugares tan distantes de él. El celo del padre Vidal que en México y sus contornos sin la menor interrupcion trabajaba, ya en cárceles, ya en hospitales, ya en barrios, ya en parroquias y plazas públicas, daba no menos impulso y accion á las conquistas y fruto espiritual. Los superiores tenian cuidado de subrogarle unos despues de otros á muchos de los jóvenes estudiantes que bebiesen su espíritu y bajo su direccion se enseñasen á deponer los vanos respetos del mundo y á manejar las armas de la predicacion. Instruidos en esta escuela y formados sobre el ejemplar de aquel grande hombre, se repartian despues por los diversos colegios de la provincia, y ardia toda en aquel fuego de caridad que el Salvador vino á traer al mundo. ¡Tanto puede el ejemplo de un operario dedicado enteramen-

Misiones en varias partes.

te á los saludables ministerios! En Guadalajara se prosiguió en las restantes poblaciones del obispado, la que se habia comenzado con tanto fruto el año antecedente.

1679. Los indios de Tepotzotlán, noticiosos del jubileo de misiones que se habia publicado en México, suplicaron al padre provincial les hiciese el favor de que se publicase en su pueblo. Se añadió para hacerla mas fructuosa la dedicacion de una capilla hecha con las mismas medidas de la santa casa de Loreto, á diligencias del padre Juan Bautista Zappa, ministro ya entónces de aquel colegio. Este espiritual y devoto padre, de quien Dios queria formar uno de los mas fervorosos misioneros que ha tenido la provincia, † puso poco despues los cimientos de su empleo apostólico pasando á Huehuetoca con el padre Pedro de Medina Picazo, á petición de los indios, y beneficiado de aquel partido (de Tepotzotlán) que vinieron personalmente á este pueblo á pedir la mision. En ella aun trabajando incesantemente los dos padres, y ayudándoles en mucho dicho beneficiado y otro sacerdote, no podian satisfacer á la multitud de penitentes, y fué necesario solicitar compañero que los ayudase á sacar la red por la abundancia de la pesca. Se envió en efecto de Tepotzotlán al padre Diego Saenz.

Misiones en Pachuca y otros lugares vecinos.

A los padres Francisco Diaz Pimentel y Gaspar de Bárcena, que hacian mision en Pachuca, se les envió tambien de refresco al padre Diego de Contreras. Los dos últimos, acabada la mision en Pachuca, Real del Monte, Atotonilco y Capula, pasaron á Octupan, jurisdiccion que era de religiosos agustinos. El reverendo párroco, no solo dió su grata licencia para que se hiciera la mision, sino que con los demas individuos de aquella casa quiso entrar á la parte de aquel glorioso trabajo, acomodándose en todo al uso de los nuestros, predicando en castellano y otomí diferentes sermones, cantando por las calles la doctrina y ejercitando todos los demas ministerios con perfecta y edificativa humildad. Fué de mucha edificacion en este pueblo que habiendo en él una persona de distincion enlazada en torpe amistad con una muger despreciable, tanto por su condicion como por su fama, trató de satisfacer al público por medio del matrimonio. Tenia ya tomada su resolucion sin respeto alguno á su deshonor, solo le detenia el recelo de que lo llevase á mal un hermano suyo religioso, y de quien no podia ocultarse la ejecucion. Fluctuó algun tiempo, hasta que estimulado

† Creo debe decir la provincia de jesuitas de Nueva-España.—EE.

de la conciencia, le dijo: . . . „Yo he vivido mal con tal muger, el pueblo no lo ignora: ni mi ocupacion, ni los empeños con ella contraidos, aunque tan desiguales, me permiten dejarla, de modo que no quede siempre espuesto al peligro. Para salvar mi alma y la suya, no hallo otro medio que el casarme y atropellar con todos los respetos del mundo.” El buen religioso, no solo no se indignó de tal proposicion, pero aun le ayudó gustosísimo á pesar de su mortificacion y vergüenza. No fué de ménos consuelo para los misioneros haber visto desvanecidas por su medio las calumnias de que algunas malévolos habian notado á algunos de aquellos religiosos para con sus superiores y aun con los tribunales de México. No se concluyó la mision sin que se desdijesen, é hiciesen contar á todos la inocencia de aquellos padres. Del colegio de Mérida, capital de Yucatán, se emprendió tambien mision á la villa de Valladolid, en que ya otras veces algunos años se habia practicado con evidente utilidad. Este fué el descanso que de sus literarias tareas tomaron en las vacaciones los padres Juan de Palacios, Diego Felipe de Mesa y Nicolás de Vera. El Illmo. Sr. obispo de Yucatán dió repetidas gracias á los padres y al padre rector, como tambien la villa de Valladolid.

En las misiones de gentiles no se ofreció en este año cosa alguna digna de notarse, sino solo un ruidoso milagro con que quiso favorecer el cielo á dos nobles casados de la Nueva-Vizcaya, Doña Francisca Valdés y Urdiño, hija de D. Luis Valdés, gobernador que habia sido de aquel reino y nieta por parte materna de D. Francisco Urdiñola, que habia tenido el mismo cargo, habia sido casada en primer matrimonio con D. Martin de S. Martin, caballero del orden de Santiago, contador general de tributos y azogues de Nueva-España, y en segundo con el general D. Agustín de Echevers y Subiza, natural de Pamplona. En uno y otro habia tenido diferentes hijos; pero vivia con el dolor de no haber logrado alguno sino para el cielo, muriendo todos recién nacidos y bautizados. Esta pena habia atormentado su corazon por tanto tiempo, que llegó á enfermar y aun á salir fuera de sí algunos ratos por la melancolía. En estas ocasiones hubo veces que aun se dió algunos golpes en el vientre, diciendo con la fuerza de su afliccion que para qué queria hijos si no habia de gozarlos. En volviendo de este frenesí, invocaba muy de veras á S. Francisco Javier, en quien tenia puesta su mas tierna confianza. A fines de noviembre le pareció una noche entre sueños, aunque dudaba mucho despues si dormia en

Prodigio de S. Francisco Javier.

realidad, un sacerdote de la Compañía que decia misa en la capilla de su hacienda y que entraba á oirla. Estando en esto, vió salir de la sacristía otro jesuita con báculo y manto, y que llegando junto á sí, le reprendia su poca conformidad, y le decia sobre la cabeza un Evangelio, añadiendo que mandase decir una misa. A la misma hora alborozada con dicho sueño ó vision, la contó á Doña Clara Valdés, su hermana, y á la mañana siguiente mandaron decir la misa y velaron juntas todo el dia con tanta exactitud, que aun habiendo venido aquel dia su marido de algunos meses de ausencia, no quiso verle hasta haber enteramente cumplido su devocion. La próxima noche entre las mismas dudas le pareció ver al mismo sacerdote que hincado ante la Virgen Santísima con sobrepelliz y estola le ofrecia un memorial. A pocos dias (en que habia sido uno el de S. Francisco Javier) reconoció haber concebido, y á los nueve meses parió no sin nuevos favores del Santo, una niña hermosísima: el parto fué dificultoso, y despues de todo era el mayor pesar creer que habia nacido muerta la criatura, aunque se ocultaba á la madre. Despues de algun rato de susto, reconociéndola viva, llamaron á un sacerdote de la Compañía que la bautizase. Al bautizarla, contingentemente, advirtió que en lugar de agua fria se habia traido con la turbacion agua hirviendo, lo que acaso habria puesto en nuevo peligro á la débil criatura. Se le puso por nombre *Ignacia Javiera*, en honor de los dos santos que su piadosa madre creia haber visto, y á quienes atribuía tan singular favor. Este suceso, para gloria de Dios y de sus dos gloriosísimos patronos se escribió firmándolo la misma señora, su esposo y hermana, y se conserva en el archivo de provincia. Aconteció todo en la hacienda de S. Francisco de los Patos, jurisdiccion de Parras.

1680.  
Congregacion  
provincial.

A principios del siguiente año de 1680 falleció en la Casa Profesa de México el padre provincial Tomás Altamirano á los dos años y algunos meses de su gobierno. Fué hombre de una exacta distribucion, y celosísimo de la disciplina regular. Abierto el pliego *casu mortis*, se halló destinado provincial al padre Antonio Nuñez de Miranda, rector que actualmente era del colegio máximo de México. Concluido entre los dos el trienio, vino este mismo año destinado provincial el padre Bernardo Pardo. Trató luego de convocar para el próximo noviembre congregacion provincial. Por un nuevo orden de N. M. R. P. general Juan Pablo Oliva debian nombrarse en la futura congregacion un procurador y dos substitutos en lugar de uno que antes se nom-

braba. Juntos todos los vocales para el dia 2 de noviembre, fué elegido secretario el padre Francisco Florencia, actual rector del colegio del Espíritu Santo de la Puebla. El dia 4 fueron elegidos procuradores el padre Pedro de Echagoyan, actual rector del colegio de S. Pedro y S. Pablo, el padre Bernabé Francisco Gutierrez, procurador de provincia, y el padre Luis del Canto, rector del colegio de Guadalajara. Se trató seriamente en esta congregacion de extinguir el colegio de Querétaro, en que por falta de rentas con que mantenerse amenazaba mucho peligro á la religiosa disciplina, y no podian practicarse con decoro los ministerios de nuestra Compañía. Acordaron todos los padres que se desamparase el colegio, previniendo ántes á los ciudadanos para que no se diesen por ofendidos de una ausencia tan desacomtumbra la. Por este mismo tiempo, pocos dias ántes de la dicha congregacion, llegó á México el *Esmo. Sr. D. Tomás Antonio Manrique de la Cerda, conde de la Laguna*, virey de estos reinos.

En los pocos meses que gobernó la provincia el padre Antonio Nuñez, concluyó sus estudios el padre Juan María Salvatierra, que cuatro años ántes habia venido de Europa. En todo este intermedio no habia el fervoroso padre dejado pasar ocasion alguna de manifestar á los superiores los vivos deseos que le daba Dios nuestro Señor de ocuparse en las misiones de gentiles, deseos muy antiguos, muy constantes, y tan eficaces, que le habian hecho dejar las provincias de Italia. Efectivamente, apenas concluyó su carrera cuando persuadidos los superiores de que era vocacion muy particular del cielo, y que defraudaban las misiones del celo y fervor de un apóstol, lo destinaron para las recién fundadas en la Sierra Madre. Ningunas nuevas conversiones necesitaban mas de un varon apostólico. A diligencia de los padres Fernando Pecoro y Nicolás de Prado, se habian formado tres pueblos en que pasaba de cuatro mil el número de los bautizados. Santa Inés de Chinipas, nuevos que eran propiamente *Guailopos*, como ántes hemos dicho, Santa Teresa de Guazaparis, Santa María Magdalena de Temoris. Por ausencia del padre Pecoro se encomendaron estos dos últimos al padre Salvatierra, que llegó á aquella provincia á principios de junio. Fuera de los tres principales pueblos y algunos otros de pocas rancherías, se trabajaba actualmente en la conversion de dos naciones cercanas. Habian estas desde dos años ántes bajado á la villa de Singaloo, con pretension de que se les enviasen ministros evangélicos. El capitan D. Pedro Hurtado de Castilla los recibió con benignidad.

Entrada del  
padre Juan  
María Salva-  
tierra.

nidad, y mandó á México informes, en cuya vista determinase el virey. El padre Salvatierra, llevado luego de su celo, se ofreció con valor á empresa tan difícil. Tuvo que vencer no pocas dificultades no solo del camino, de la estacion y de la suma escasez que padecia de todo; pero aun mas de los guazaparis y temoris, que aunque ya bautizados, no faltaban entre ellos quienes quisiesen mantener cerca de sí aquellas naciones gentiles, como un seguro asilo en sus fugas, y como un desahogo en sus vicios. Oponian estos muchas aparentes dificultades; pero viendo que atropellaba por todo, hubieron de ceder singularmente amenazándoles que si los de *Jerocavi* no estaban dispuestos á recibir el Evangelio, se volveria á México: dice el mismo padre, que consiguió de ellos cuanto quiso, lo que muestra bien el amor que en tan corto tiempo se habia grangeado de sus neófitos. Llegó á *Jerocavi* en 23 de noviembre, y espuso luego el fin de su jornada: bautizó algunos párvulos, y dentro de algunos dias mas de sesenta adultos. Semejante suceso iba teniendo en los Usarones, á donde pasó inmediatamente, y en breves dias se habria bautizado toda aquella gentilidad; la única que quedaba entre la Sinaloa y la parte del Nordeste y la Taraumara, á no haber recibido á la mitad de diciembre carta del padre rector de la villa. Advertíale que no se apresurase en bautizar adultos, de quienes no se podia fiar mucho: que aquellos indios habian burlado mil veces los conatos del padre Fernando Pecoro, y que aun despues de bautizados muchos, sus infidelidades é inicuos tratamientos le habian obligado á desamparar la tierra, que sin este operario no podrian solos dos que quedaban llevar el peso de tantos pueblos nuevos, y no muy cercanos entre sí.

Suspende por obediencia los bautismos.

Hablaba el padre Luis de Sandoval, segun los informes del padre Fernando Pecoro, y sin noticia alguna del estado en que al presente se hallaba aquella conquista. El fervor de los catecúmenos era tal, que de dia y noche se ocupaban en aprender oraciones y los misterios de nuestra santa fé. No es de callar (dice el mismo padre Salvatierra en carta fecha á 10 de diciembre) la accion de una niña bautizada de pocos años, que miéntras de noche la gente del padre estaba fuera rezando el rosario cerca de un fuego muy grande, ella con otras doncellitas gentiles que juntaba muy léjos del fuego, que apenas se podía distinguir, se estaba enseñando á rezar el Padre nuestro y Ave María, que iban repitiendo los que rezaban el rosario, y el frio era tan grande que no permitia estar mucho tiempo en el campo apartados del fuego,

y con todo, permaneció hincada de rodillas hasta que se acabó el rosario. Aunque todo esto fomentaba en el misionero las mas bellas esperanzas de la mas florida cristiandad, y habia mucha razon de creer que el superior bien informado no habria enviado semejante orden; sin embargo, el perfecto obediente alzó desde luego la mano, convocó á los catecúmenos, y no sin lágrimas de uno y otros les declaró la orden que habia recibido de volverse, encargó mucho á los catequistas la instruccion de todos los demas, y prometió volver cuanto ántes á verlos, como en realidad lo esperaba en habiendo representado á los superiores el estado de las cosas.

Corria ya el año de 1681, cuando el padre José María Salvatierra volvió á su mision de Santa Teresa. Por orden del rey católico D. Carlos II, espedita desde el año de 1677, se trabajaba en Sinaloa en aquel tiempo sobre los preparativos de una expedicion á California á cargo del capitán D. Isidro de Atondo y Antillon, de que hablaremos á su tiempo. Con esta ocasion, el Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Bartolomé de Escañuela, persuadido á que era de su jurisdiccion aquel nuevo descubrimiento, nombró un clérigo por capellan de las embarcaciones, á quien dió título de cura y vicario, así de la navegacion como de las nuevas poblaciones que allí se fundasen. Intentó tambien su ilustrísima, y efectivamente llegó á enviar otro clérigo introduciéndolo en el mismo colegio para que alternase las semanas con el rector de aquella casa, dándole facultad de nombrar tenientes, y título de vicario provincial para conocer de causas &c. Publicó fuera de eso mas de cien constituciones nuevas obligando á su observancia con penas y censuras dirigidas á despojar enteramente ó á limitar en gran parte las facultades de los misioneros regulares de su diócesis, é innovar el estilo y forma de aquellas cristiandades. La novedad de estos establecimientos habia causado mucha inquietud, y se temian aun mas funestos efectos. Para precaverlos despues de las mas modestas representaciones, tomó el padre provincial Bernardo Pardo la providencia de ocurrir al Exmo. Sr. conde de Paredes. Representó á S. E. que aquella ereccion de curato y nombramiento é institucion de cura, se habia hecho sin presentacion ni aun noticia de S. E. en lo que se perjudicaba notablemente el patronato real: que el Sr. obispo de Durango no podia pretender jurisdiccion ni derecho alguno sobre la California, cuyo título se daba al Sr. obispo de Guadalajara: que la conversion de aquel pais estaba por reales cédulas encargada á la Compañía, y aceptada

1681.  
Intento del Sr. obispo de Durango y su éxito.